

## INTRODUCCIÓN

Si Mirabeau no fuera Mirabeau, este libro no se publicaría bajo su nombre. Quiero decir que si Mirabeau no fuera tan importante... Primero porque este libro es una traducción al francés, adornada con referencias exclusivas de Mirabeau, pero sólo eso, referencias: una introducción contextualizada en los años de la Revolución Francesa, algunos añadidos, un final... El original es de Milton, y Milton lo había publicado en 1644 con el título de *Areopagitica*. El texto de Mirabeau es de 1788.

Mirabeau no sólo respeta el grueso del texto miltoniano, y lo confiesa desde el primer momento, sino que adopta escrupulosamente los ingeniosos argumentos de Milton contra la censura de libros. Argumentos tan ingeniosos e inteligentes que siguen siendo válidos hoy lo mismo que hace siglos. Lo cual dice mucho de la sensibilidad e inteligencia de Mirabeau aunque no más que de las de su inventor, John Milton.

El subtítulo del texto de Mirabeau («Imitado del inglés de Milton») lleva esta anotación clarificadora:

*El título de este muy singular fragmento, en el que yo he seguido a mi Autor de modo mucho más cercano de lo que pudieran creer quienes no conozcan el original y al que más bien he suprimido algo que añadido nada; el título es: AREOPAGITICA: a speech for the liberty of unlicens'd printing. To the Parliament of England.*

Esta obligada aclaración no extraña a los conocedores de la vida y obra de Mirabeau. Al contrario: encaja muy bien con los hábitos de aquel gigantesco político y complejísimo individuo. El monárquico

Jean-Joseph Mounier (1758-1806), conmilión político de Mirabeau escribió sobre él en su libro *La influencia atribuida a los filósofos sobre la Revolución* (1801): «A menudo me ha comunicado opiniones suyas y nunca he conocido a un hombre de espíritu más cultivado, de una doctrina política más juiciosa, de un carácter más venal y un corazón más corrompido». En este retrato tan crudo y poco complaciente como, probablemente, justo, cabe la constatación que hace el mismo Mounier de que Mirabeau «arreglaba» e incluso alteraba sus discursos, una vez pronunciados, al imprimirlos. Es más: un grupo de personas (diez redactores, se decía) le proporcionaba no sólo datos y notas sino hasta la misma redacción que él avalaba y «adornaba», además de transformarla en la pronunciación viva y tonante del discurso. Al fin y al cabo, nada distinto a lo que sigue ocurriendo con los discursos políticos del mundo entero, «del rey abajo». Cuando se publicaron, en 1874, los papeles de uno de aquellos redactores, el ginebrino Raybaz (según cuenta Tocqueville en su historia *El Antiguo Régimen y la Revolución*), ya no cupo la menor duda; se ve al tribuno reclamándole trozos enteros de discursos, llegando a rogarle que siguiera atentamente los debates para proporcionarle proyectos de réplicas:

«Busque el medio, le ruego, de encontrar una noble respuesta al reproche que se me ha hecho de haber cambiado mis principios». Así se explica uno más fácilmente que Ortega y Gasset considerara a Mirabeau la encarnación del político por antonomasia. Aunque esta representación no se la atribuyera Ortega por esta especie de venalidad sino por más sólidos y serios argumentos.

Para Ortega (*Mirabeau o el político*), Mirabeau es el paradigma del político, capaz de acelerar y frenar, de animar y moderar la revolución.

«Toda revolución inexorablemente —escribió Ortega—, sea ella roja, sea blanca, provoca una contrarrevolución. El político es el que se anticipa a este resultado, y hace a la vez, por sí mismo, la revolución y la contrarrevolución. La Revolución era la Asamblea que Mirabeau dominaba. Necesitaba también dominar la Contrarrevolución, tenerla en su mano. Necesitaba al Rey». (1)

El político es, según Ortega, el que intenta una síntesis revolucióncontrarrevolución. Otra cosa es que lo consiga. Mirabeau no lo consiguió. Poco después, Napoleón tampoco lo conseguiría. Aunque por razones muy distintas.

Mucho antes que Ortega, Taine había escrito en el último párrafo de la introducción a sus *Notas sobre Inglaterra* (1871): *Un francés traerá siempre de Inglaterra esta persuasión provechosa: que la política no es una teoría de gabinete aplicable en su integridad en un momento dado, sino una cuestión de tacto, en la que debe procederse por acomodamientos, transacciones y compromisos.*

El francés Mirabeau imita al inglés Milton, lo copia a veces, y aquel talante de compromiso y acomodación bien puede venir, pues, de Inglaterra que también fue visitada por Mirabeau. Milton escribe en la época de la revolución inglesa que precede en más de cien años a la francesa. Y Milton y Mirabeau terminaron siendo víctimas de ambas revoluciones. Y ambos estuvieron a punto de perder, literalmente, la cabeza. Y no la perdieron por dos razones tan distintas como misteriosamente cercanas: Milton se escondió, ciego ya, y en la más completa oscuridad escribió las epopeyas de su vida literaria (los «Paraísos»); Mirabeau, simplemente, se murió antes de que lo mataran. Y no sería justo que el nombre de Milton quedara reducido a la anterior referencia. Ni el propio Mirabeau lo hubiera consentido.

### **Un recuerdo especial para John Milton (1608-1674)**

Además de poeta genial, autor de *El Paraíso perdido*, *El Paraíso reconquistado*, *Oda a la Navidad*, *Sansón luchador (agonista)*, políglota eximio (gran latinista, sobre todo), etc., es un activista político (ministro de Cromwell) y religioso de primera magnitud. Secretario de Estado de Cartas Latinas (1649 a 1656 en que fue destituido), su *Areopagítica* (noviembre 1644) es un alegato lleno de talento y humor en defensa de la libertad de imprenta sin necesidad de licencia (censura), contra la orden del Parlamento, *Licensing Order*, de 14 de junio de 1643, implantando la censura previa a la publicación de cualquier libro. Milton, llamó a su folleto *Areopagítica* (1644), de tan descarada y brillante referencia griega, subtitulándolo *A speech for liberty of unlicens'd printing. To the Parliament of England* («Discurso sobre la libertad de imprimir sin licencia. Al Parlamento de Inglaterra»). Aún no existía la expresión «libertad de imprenta», pero hoy la emplearíamos (como la empleará ya Mirabeau) en lugar del miltoniano circunloquio «libertad de imprimir sin licencia». (2)

Lo curioso y aparentemente contradictorio es que Milton era censor oficial del periódico más importante, el *Mercurius Politicus*. En fin, sabía de qué hablaba. Sólo en 1665, veinte largos años después, se aboliría la orden parlamentaria que había dado pie a Milton para su diatriba contra la censura. François Guizot, en su *Historia de la*

*Revolución de Inglaterra* (escrita en 1826-1827) dice que «Milton, joven todavía, pero célebre ya por su elegancia y sus conocimientos, acababa de reclamar, con una nobleza de lenguaje hasta entonces desconocida, la libertad de conciencia, la de imprenta y la facultad del divorcio; indignado de tanta audacia, el clero presbiteriano le había en vano acusado a las cámaras, tomando por un crimen la tolerancia de tales escritos». (3)

Milton era puritano pero aquel puritanismo inglés se refería a la pureza religiosa que debía evitar toda pompa y, contra la Iglesia de Roma (católicos), practicaba un cristianismo directo, sin intermediarios clericales y con la oración como único vínculo común. El sector puritano al que Milton pertenecía no predicaba el rigor de las costumbres y el odio a los placeres de la vida. De hecho, Milton (además de divorciarse y escribir una defensa del divorcio) poetizó sobre la música, la danza y la alegría de vivir.

Milton es un superviviente del Renacimiento. En su viaje a Italia, entre los intelectuales con los que contactó estaba Galileo (1638). Un Galileo destrozado y ciego que vivía arrestado en su domicilio cercano a Florencia y que moriría pocos años después (1642).

«Allí —en Italia— encontré y visité al famoso Galileo, envejecido en la cárcel de la Inquisición, por pensar en astronomía de otra suerte que como licenciadores —censores— franciscanos y dominicos pensaban», dice en su *Areopagitica* (4).

Milton vivió y actuó en la Revolución Inglesa (1625), la primera revolución burguesa europea por una monarquía parlamentaria, lo que Francia no conseguiría hasta finales del siglo XVIII. Víctor Hugo hizo de Milton uno de los personajes de su *Cromwell* y es muy interesante el papel que le hace representar (5).

Por encima de todo, Milton era un poeta y su actividad política tuvo todas las trampas y sinsabores que la política suele llevar a la vida de los poetas. Mirabeau fue, por encima de todo, un político.

### **Los Mirabeau, padre e hijo**

Víctor Riquetti, marqués de Mirabeau (1715-1789), Mirabeau padre, es economista, de la escuela fisiocrática, autor de *L'ami des hommes ou Traité sur la population* (1757), donde utiliza por primera vez la palabra «civilisation». El marqués de Mirabeau, que no es precisamente un revolucionario, apunta ideas y sentimientos que tienen mucho que ver con la Revolución que su hijo patrocinará: la fraternidad, la justicia, la tolerancia... Mirabeau hijo, como Voltaire y tantos otros filósofos y economistas, sobre todo los fisiócratas, en cuyo grupo militaba Mirabeau padre, no confiaban en el pueblo como motor de la revolución y temían el libertinaje.

Mirabeau padre era monárquico y Mirabeau hijo era tan monárquico como él. Sólo en eso estaban de acuerdo. En todo lo demás, vivieron como enemigos casi desde la infancia de Honoré Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau (1749-1791), niño difícil, enfermizamente revoltoso pero listo, audaz y de asombrosa memoria. La difícil niñez de Mirabeau hijo se torna en juventud siempre al borde del delito o netamente delictiva: un par de estancias en la cárcel debe Mirabeau hijo a las denuncias de Mirabeau padre. Hasta ahí llegaron las cosas.

Para otras permanencias carcelarias, en la flor y nata de las cárceles francesas de la época, no necesitaría la denuncia paterna: isla de Ré castillo de If (donde Dumas metería a su conde de Montecristo), fuerte de Joux, castillo de Dijon, torre de Vincennes (tres años por el rapto de una mujer casada con la que fue a vivir a Holanda, por lo que es condenado a muerte aunque nunca se pensó en ejecutar la sentencia).

De todas sale con bien, habiendo hecho acopio de lecturas, idiomas, publicaciones (*Ensayos sobre el despotismo*, *Cartas a Sofía*, *Cartas políticas*) y otras sabidurías, además de ejecutar alardes amorosos que no parecía fácil explicarse dada la fealdad del sujeto, cuerpo un tanto desproporcionado, la cara picada de viruela desde los tres años. Más de una vez diría: «Mi fealdad es también una fuerza». Como la fealdad de Danton.

Naturalmente, tenía otros atractivos: una inteligencia brillante, ingenio encantador, cordial, alegre y, el mayor de todos, su asombrosa elocuencia y su voz tonante que le sirvieron también para su defensa ante los tribunales y obtener la primera fama de orador que le acompañaría para siempre. Le gustaba ser alabado y le gustaban, hasta el delirio, el dinero y las mujeres. Se casó, tuvo un hijo —y una hija fuera del matrimonio—, se separó, intentó volver, se acostó con cuantas mujeres pudo, y pudo con muchas. Su fijación sexual fue, probablemente, fruto de una patología que está en los libros de medicina: satiriasis, priapismo... y le proporcionó tantos éxitos como calamidades. Igual que su afición al dinero. Vivió, trabajó, aprendió y publicó en Ámsterdam. En 1784 viaja a Inglaterra, luego (1786) a Berlín, huyendo de otra condena, esta vez política, y donde dirige una carta al nuevo monarca Guillermo II recomendándole que gobierne dejando en libertad a sus súbditos, sobre todo, permitiendo la libertad de imprenta. Entre sus escritos de la época destaca la *Historia secreta de la Corte de Berlín* que, en realidad, era la historia secreta de la Corte de París y de todas las cortes europeas. Luis XVI reaccionó enviando el libro a la hoguera.

Mirabeau regresa a Francia en 1787 y en el 88 publica su discurso sobre la libertad de prensa. Mirabeau padre muere al año siguiente, en el 89, y las relaciones padre-hijo no parece que cambiaran sustancialmente. Ese mismo año 89, y dicho sea como curiosidad sin mayores compromisos, aparecen en Francia 140 nuevos periódicos.

### **Mirabeau, revolucionario monárquico**

Mirabeau es monárquico, no cree en una revolución sin el rey y aspira a una monarquía ilustrada en la que los derechos monárquicos se equilibren con los derechos populares. Una monarquía a la inglesa. Como la que hubiera defendido Milton.

Cuando se crean los Estados Generales —clero, nobleza y pueblo llano—, institución medieval suprimida un siglo y medio antes por Luis XIII, semilla de la Asamblea Nacional y primer paso para la Revolución, Mirabeau trata de salir elegido por la Nobleza a la que pertenecía pero la Nobleza de

Provence lo rechaza. Mirabeau nunca perdonaría a la Nobleza aquel doloroso desaire, aunque podría ser el primero en entender que su desorbitada vida no le hacía candidato idóneo para una Nobleza no mucho más decente que él pero sí más cauta.

Después de una campaña muy intensa y «gloriosa», minuciosamente anotada en el diario de su ayuda de cámara, Legrain, es elegido, el 4 de abril de 1789 en Marsella y el 6 en Aix, diputado a los Estados Generales por el Tercer Estado. En la inauguración de los Estados Generales, la entrada de Mirabeau como miembro enlutado del Tercer

Estado, en lugar de ingresar en las filas coloristas de la Nobleza, levanta un sordo murmullo entre los asistentes.

Mirabeau es de los pocos miembros que ya es famoso por su vida, su inteligencia y sus discursos.

El 2 de mayo de 1789, funda en París el *Journal des États Généraux* que es prohibido a los cinco días (el 7 de mayo) por el Consejo (Necker), por «sus virulentos ataques contra el ministerio» «¡Cuánto necesitamos matar el despotismo ministerial y reafirmar la autoridad del rey!», escribía.

Inme diatamente vuelve a aparecer con otro título: *Courrier de Provence*. Tampoco duró mucho y éstas fueron las únicas experiencias periodísticas del exaltado tribuno (6).

El deseo del Tercer Estado era conseguir el voto único y uniforme de los Estados Generales pero el rey concede votos separados. El Tercer Estado, liderado por Mirabeau, termina consiguiendo constituirse en Asamblea Nacional, porque eran clara mayoría. Su liderazgo le gana entusiasmos populares y odio en la corte: esto último le llenaba de tristeza porque él era monárquico, quería y respetaba al rey y siempre deseó que la Revolución acabara con los feudalismos y prepotencias de la Nobleza pero no con el rey.

Cuenta Tocqueville (*El antiguo régimen y la revolución*, cap. II) que «no había pasado un año desde que se iniciara la Revolución cuando Mirabeau escribía secretamente al rey: “Comparad el nuevo estado de cosas con el antiguo régimen, de ahí nacen el consuelo y la esperanza. Una parte de los actos de la asamblea nacional, la más importante, es evidentemente favorable al gobierno monárquico. ¿No significa nada, pues, no tener parlamento, ni país de estados, ni cuerpos de clero, de privilegiados, de nobleza?

La idea de no formar más que una clase de ciudadanos hubiese agradado a Richelieu: esta superficie igualitaria favorece el ejercicio del poder.

Muchos reinados de gobierno absoluto no habrían hecho tanto por la autoridad real como este año de revolución”». Y Tocqueville añade por su cuenta: «Esto era comprender la Revolución como hombre capaz de conducirla».

«Soy el hombre del restablecimiento del orden, pero no del restablecimiento del antiguo orden», decía Mirabeau.

En los primeros momentos de la Revolución, Mirabeau juega un papel fundamental. Luego, la Revolución se le va de las manos. Para los españoles de finales del siglo XX hay una terminología muy entendible: la de *reforma* y *ruptura*, que tanto tiempo y óleo consumió en nuestra vida política de entonces. Mirabeau quería la reforma; en la Revolución triunfó la ruptura. Y se lo llevó por delante. Y de no haber muerto antes del Terror, hubiera sido decapitado. Para las izquierdas seguía siendo un noble «descarriado» y con los nobles descarriados nunca se sabe... Para las derechas era un demagogo demoníaco. Y él era consciente de ese universal rechazo de fondo, aunque tantas veces fuera aclamado por unos y por otros.

Ejercía una gran influencia por sus ideas, por su prodigiosa elocuencia, pero fue incapaz de organizar y coordinar, debido, sobre todo, a las reticencias que despertaba su mala

fama personal. Muchas veces se mostró realista y práctico. Como cuando Robespierre proclamó a voz en grito una especie de idílica paz universal patrocinada por una Francia desarmada, a lo que Mirabeau se oponía poniendo ante los ojos de los assembleístas una Europa armada y casi en pie de guerra. En sus papeles de apuntes sobre la Revolución cuenta Tocqueville que el 25 de mayo de 1789, en una asamblea que debatía cuestiones de suma importancia, un diputado pretende que se debata sobre la obligación de llevar traje (uniforme o de gala, se supone) a las reuniones. «Mirabeau le increpa públicamente y le cubre de ridículo».

### **Los derechos del hombre (y sus deberes)**

El 11 de julio de 1789 Lafayette presenta el proyecto de *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* que Mirabeau rechaza en principio, con el argumento de que Francia es una nación vieja y de asentada cultura política, no una sociedad recién nacida y necesitada de tan elemental catálogo.

Al fin lo acepta con alguna reticencia (él hubiera preferido hacer también la declaración de «deberes»), quizá, sobre todo, porque detestaba a Lafayette, de cuya inteligencia no tenía muy buena opinión y al que acusaba de pretender ser «alcalde del palacio». Y dada la notable vanidad de ambos personajes, puede ser que hubiera entre ellos una lucha de «egos». No obstante, el 17 de agosto, Mirabeau presenta a la Asamblea su informe sobre la Declaración e intenta, con buen sentido práctico, aunque consiguiéndolo sólo a medias, que los diputados no se pierdan en abstracciones y bajen a la realidad. Gracias a Mirabeau la Declaración toma algún tinte de universalismo ampliándose a Europa, de modo que es conocida como «Declaración europea». Y el artículo XI de la Declaración dice:

*La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre. Todo ciudadano puede, pues, hablar, escribir, imprimir libremente, a reserva de responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley.*

Como se ve, no es una concesión de libertinaje. Es sólo, lo que ya era muchísimo, dar rienda a una libertad responsable. Muy en coherencia tanto con lo defendido por Milton como por Mirabeau: no hay derecho a prohibir que se escriba y publique pero sí a juzgar lo escrito y publicado.

Y si lo escrito y publicado contraviniera las leyes podrá ser juzgado y condenado.

Hay que juzgar la conducta de los malos libros como la de los hombres: «detenerlos, encarcelarlos y aplicarles una estricta justicia como a los malhechores», en palabras de Milton que Mirabeau copia en su texto sobre la libertad de prensa, sin el cual, al margen de lo que debe a Milton, quizá no hubiera sido posible ese artículo XI de la Declaración que hoy nos suena tan normal como extraña debió de sonar a la mayoría de sus contemporáneos.

La libertad de prensa (imprensa), como todas las libertades, se construye y reconstruye cada día. Nunca puede ser considerada definitivamente conquistada.

Milton y Mirabeau figurarán siempre entre sus constructores más eficaces.

Y, más o menos, en esas estamos, más de dos siglos después.

### **El Richelieu que nunca pudo ser**

Mirabeau no estaba libre de ambiciones políticas personales. Sin duda le habría gustado ser el Richelieu de Luis XVI. ¡Su admirado Richelieu! Y eso temieron los que le conocían.

De hecho intentó un papel de intermediario entre el rey y la Revolución, aconsejando al rey que aceptara la Asamblea y a ésta que aceptara el veto real, en un intento fallido de monarquía constitucional. El 2 de octubre de 1789, Mirabeau redacta un mensaje al rey, en nombre de la

Asamblea, alabando sus virtudes (las del rey), cosa que la Asamblea considera justo y emocionante. Pero el 5 de octubre, en un violento discurso, amenaza con toda clase de males si se declara que «sólo la persona del rey es sagrada». En este «tenconten» estuvo siempre Mirabeau. La Revolución no nació antimonárquica y quien la convirtió en antimonárquica fue el propio monarca. Mirabeau luchó sin éxito para que eso no ocurriera. Hubiera hecho falta un Luis XVI más inteligente y flexible, más «político», para evitarlo. Era mucho pedir.

Fue acusado de estar a sueldo del rey y, efectivamente, a partir de 1790, lo estuvo. Pero las razones que impulsaban a Mirabeau, a pesar de su afición al dinero, no eran económicas: era fiel a su pensamiento más sincero.

Lo del dinero y lo del afán monárquico tenía otras raíces casi genéticas.

Se sentía menospreciado por los reyes y luchó hasta la extenuación y la humillación por el respeto regio. Al fin, lo consiguió.

El 3 de julio de 1790, después de tocar muchas teclas y concitar intereses comunes (los reyes creían poder ser «salvados» todavía por el poder de Mirabeau y éste aspiraba decididamente a jugar un papel importante en una Francia posrevolucionaria y monárquica), se entrevista Mirabeau con los reyes. Secretamente. Mirabeau, con su característico poder de convicción, habla y habla, declama casi, convence y se convence. Los reyes están de su parte, quieren ayudarlo a saldar sus deudas. Mirabeau, siempre atenazado por ellas, asegura que no sabe exactamente a cuánto ascienden, pero dice que se conforma con una pensión mensual de 100 lises (equivalente a libras esterlinas) por mes, y los reyes le asignan, generosamente, 300 y una pensión anual de 6.000 libras hasta que termine la Asamblea Nacional. Y cuando, al final de la Asamblea, Mirabeau haya demostrado con creces su lealtad a la Corona recibirá de ésta un millón de libras más. Enseguida se volvería en su contra la generosidad real y Mirabeau es acusado de estar pagado por el rey. Lo cual no era del todo incierto.

Sin embargo, hay que decir que aquel Mirabeau, sin duda pesetero y siempre necesitado de dinero, emplea parte del que consigue del rey en comprar la gran biblioteca de Buffon. En un rasgo de patriotismo económico, ya había propuesto, en el verano de 1789, ante la pésima situación económica del Estado —lo que Mirabeau llamaría «la horrible bancarrota»— que los impuestos tradicionales no consiguen enjugar, una contribución suplementaria, llamada «patriótica», que logra recaudar una buena suma aunque insuficiente. Él mismo contribuye, por supuesto. «Me pagan, pero no me vendo», decía con un cinismo no exento de alguna verdad.

En la corta, y tardía, etapa de sus buenas relaciones con la Corona, Mirabeau llega a manejar dinero de los fondos reservados, del que todo Gobierno ha dispuesto siempre.

Hay una carta de Mirabeau dirigida a un secreto representante de la corte pidiendo «un suplemento de 6.000 libras para sobornos» (...) «mientras esas 6.000 libras pueden disiparse, al menos se gastarán con más inocencia que las 30.000 que hemos dado a Danton...».

Mirabeau trabaja enardecido por contagiar sus ideas monárquicas y revolucionarias. Grita «No» a la monarquía absoluta pero también a la revolución sin el rey. En la Asamblea, en el Club de los Jacobinos, en las tertulias a las que asiste, en cuanta reunión puede levantar la voz, lo hace con ardor. Con demasiado ardor. Su corpachón congestivo no aguantará mucho más.

El 29 de noviembre de 1790 es elegido, por fin, presidente de la Asamblea Nacional y ejerce con una moderación inesperada. Poco le duraría la ansiada presidencia que hubiera debido ser prólogo de más decisivas dedicaciones políticas (el ministerio estilo Richelieu bajo Luis XVI): en enero de 1791, enfermo de gravedad (oftalmía purulenta), acude a la Asamblea con una venda en los ojos, y el 26 de marzo, atacado de violentos cólicos renales, vuelve a hablar en la Asamblea como si hablara un tétrico fantasma.

El 2 de abril (1791) se siente morir y dice a Cabanis, el médico-filósofo de la Revolución: «Amigo mío, hoy moriré. Cuando se llega a este extremo sólo queda una cosa por hacer, y es perfumarse, coronarse de flores y rodearse de música a fin de entrar, agradablemente, en ese sueño del que no se despierta».

Una gran multitud acompaña su cadáver hasta la iglesia de Santa Genoveva, que entonces es inaugurada como Panteón Nacional, y una placa de mármol negro colocada en su residencia dice así: «Aquí Mirabeau exhaló su último suspiro. ¡Llorad, hombres libres! ¡Tiranos, bajad los ojos!». Era muestra de un reconocimiento que duraría poco: su cadáver sería poco más tarde «expulsado» del Panteón, en un gesto más de la voluble fortuna.

**Bernardino M. Hernando**